

UNA EXPERIENCIA INDIGENISTA: 20 AÑOS DE LUCHA DESDE INVESTIGADOR HASTA LA CÁRCEL EN DEFENSA DE LOS INDIOS DE MÉXICO

Salomón Nahmad Sitton

Antropólogo e investigador de CECODES Y CIESAS

PRIMERA PARTE

PERSPECTIVAS

La sociedad mexicana capitalista, burguesa y dependiente de finales del siglo xx continúa intentando que el proyecto de sociedad homogeneizadora y monoétnica se proyecte como un sistema totalitario: a nuestro modo de ver, no habrá posibilidad de resolver esta contradicción hasta que la sociedad total (la nación) no resuelva sus contradicciones fundamentales y estructurales.

La evolución humana tiende a un indiscutible proceso general de desarrollo y de transformación de las diversas sociedades. Toda sociedad humana está permeada por un proceso de cambio, pero éste indudablemente tiene su propia dirección en cada unidad social. Estas características particulares, sumadas todas a su vez, conforman la unidad humana en general. Lo general debe desarrollar sus propias especificidades y sus propias líneas culturales, pero tiene que permitir el desarrollo de sus partes.

Pensamos que la sociedad del futuro, planteada dentro de un socialismo de evolución lineal homogeneizante, que tenga como proyecto político la disolución de la pluralidad étnica, cae en el mismo error que el capitalismo burgués. Por ello pensamos que el desarrollo multilineal debe ser la respuesta a las demandas de los pueblos (etnias) que conforman la nación o las naciones. En este sentido, el proyecto hacia un devenir histórico a largo plazo, de la unidad de la humanidad, no podrá ser el de conformar una sociedad plana y uniforme, sino, seguramente, el de una sociedad dinámica, multifacética, con diferentes caras y estilos, modos de ser y de vivir. El respeto a esta pluralidad y a esta evolución multilineal debe ser la respuesta que se dé a estas partes sociales que integran la humanidad.

El de México no es un proyecto aislado, sino que está muy inmerso en el proyecto de todas las naciones del mundo y no podrá, a pesar de que se intente por medios represivos o de sistemas autoritarios de un signo u otro, disolver o liquidar este reclamo étnico.

La experiencia humana en otras regiones del planeta nos demuestra que los grupos étnicos se mantienen en permanente y constante lucha por reconquistar su propios espacios territorial y político; por ello, consideramos que la integración y el logro de la identidad nacional debe conformarse con la presencia de los grupos étnicos y no con la anulación, la cual sólo generará perturbaciones graves y desquiciamientos de la estructura social del país y del mundo.

También consideramos que quienes ofrecen a los grupos étnicos la posibilidad de este desarrollo multilineal contarán con el apoyo de las comunidades indígenas; por otro lado, quienes se manifiestan en sentido contrario, para lograr su destrucción y aniquilamiento (etnocidio o genocidio) como formas para terminar esta pluralidad, no tendrán más que la respuesta de la resistencia o la rebelión; de esta manera creemos que, en el futuro, la perspectiva utópica de los grupos étnicos cada día está más cerca de su realización.

Construir esta sociedad tendrá sus implicaciones, en el sentido en que no será nada fácil la realización de una nación multiétnica y de evolución multilineal. Al principio será mucho más complicado su reordenamiento, pero en el momento en que se logre la transformación geopolítica y administrativa, sobre todo en el aspecto económico, al desaparecer las formas de explotación que hoy son la llaga fundamental que se deja ver y sentir en las regiones étnicas, permitirá la construcción de una sociedad real, más objetiva, más humana y más apegada al contexto de los pueblos que forman la nación mexicana. No se perfilaría una unidad homogénea sino formada por las partes en la cual quedarían incluidos los 56 grupos étnicos que han logrado resistir el continuo colonialismo y la agresión.

Esta preocupación revela que la justicia en el mundo no podrá lograrse y los derechos humanos no podrán ser válidos si sólo se toman en términos del individuo y no de los grupos sociales. Una sociedad universal más justa tendrá que revisar el respeto y el reconocimiento a la dignidad que se merecen todos los grupos étnicos minoritarios, fundamentalmente los pueblos nativos de las naciones constituidas sobre éstos; porque —como en el caso de México— no se entenderá la historia si no incluimos en ella la participación y la aportación que han tenido las etnias en la vida colonial, en

la lucha de Independencia y sobre todo en la Revolución para lograr la sociedad más justa y equitativa.

Reconocer la pluralidad y diseñar el modelo político y social que se ajuste a esta diversidad en los campos de la educación, de la administración, de la justicia, del desarrollo económico, de la distribución de la riqueza, de la seguridad social y de la cultura, es esencial para transformar la sociedad que intenta construirse sobre bases reales, y no con utopías pseudoliberales y pseudodemocráticas ajenas a la composición de su población.

Liquidar todas las formas del colonialismo abierto o encubierto debe ser una tarea básica de la sociedad humana del siglo *xxi*. La alienación colonial tiene dos formas ligadas: el distanciamiento activo o pasivo de la realidad y la identificación también activa o pasiva con lo que es más ajeno a la realidad. Empieza por disociar deliberadamente la lengua de la conceptualización, de la reflexión, de la educación formal, del desarrollo mental y de las relaciones cotidianas en el seno de la familia y de la comunidad. Es como si se separara el cuerpo de la mente a fin de que ocuparan en la misma persona dos esferas lingüísticas separadas.

Desde nuestro punto de vista, los proyectos de incorporación, asimilación, integración u homogeneización en el fondo son políticas etnocéntricas y racistas, que intentan mantener el estatus de la explotación, del dominio y el sometimiento para con las minorías étnicas nativas.

La población indígena de México ha participado con su inteligencia, con sus recursos, con su trabajo en la construcción de la sociedad nacional y ha aportado su cultura para ofrecer al mundo la cara real de lo que es México. Ellos luchan por un sistema de descolonización que les confiera su lugar dentro de la sociedad nacional, que les reconozca su pluralidad cultural y lingüística, y defina los ámbitos de su autonomía al mismo tiempo que los haga participar en el desarrollo económico y político de la nación.

Al final del siglo *xx* México atraviesa por una de las mayores crisis en su historia: la búsqueda de un proyecto nacional que encuentre una solución o salida; pero ésta no podrá imaginarse y diseñarse sin la inclusión de los grupos étnicos. El fracaso de las anteriores políticas debe servir para configurar el futuro, reconociendo y ratificando los derechos reclamados históricamente por los grupos étnicos al aceptar la pluralidad étnica y lingüística, reconstruyendo la estructura geopolítica con base en esta realidad, modificando sobre estas bases la estructura jurídica y redistribuyendo el ingreso nacional entre todos los diversos pueblos que lo componen como la base del proyecto nacional.

CONTEXTO HISTÓRICO

Dentro del contexto del positivismo científico de finales del siglo pasado y gran parte del presente, las ciencias sociales ocupan un lugar significativo para poder analizar y explicar los procesos de la sociedad humana en su conjunto. Así la historia, la economía, la sociología, la arqueología, la etnología, la politología, etcétera, han sido las ciencias específicas para entender la realidad social en forma sectorizada y parcializada con métodos y técnicas específicas. Se aspiraba a lograr un cúmulo de conocimientos que permitiera deducir las leyes y normas que rigen las relaciones sociales y, con ello, tener los hilos conductores para dirigir y manipular las sociedades; como sucede con las ciencias exactas; por lo mismo, dentro de este contexto positivista se aspiraba a la neutralidad de las ciencias sociales.

Los antropólogos asignaron a la antropología el papel de la ciencia del hombre, categoría de ambiciosos alcances, la cual consideró un sistema de ciencias interconectadas que permitieran una visión total de las sociedades humanas sujetas a su estudio. De esta manera la arqueología, la antropología física (biológica), la lingüística, la etnohistoria, la etnografía y la etnología mostrarían un panorama completo de los pueblos no occidentales y "primitivos". El campo de estudio aspiraba a tener una dimensión mundial de estos pueblos y, a partir de ello, lograr la explicación teórica de su evolución histórica, de sus contactos, de la difusión de elementos culturales, de sus características lingüísticas y de sus orígenes; asimismo, tratar de describir sus modos de vida y explicar el funcionamiento de sus instituciones. La acumulación de estas investigaciones permitiría formular las teorías que explicarían su existencia y permanencia en la sociedad humana actual.

Dentro del marco científico de las potencias occidentales surgió la antropología mexicana. Para cumplir con los fines básicos de las metrópolis coloniales, la acumulación de la información antropológica representó un conocimiento fundamental en la expansión de las sociedades colonialistas, y por esto no sólo recibió un gran apoyo, sino que se le otorgó un espacio académico de primer orden en las universidades y en las instituciones de la sociedad y del Estado.

Por ello, no es extraño que las élites gubernamentales y las capas de la alta burguesía mexicana se hayan interesado, desde mediados del siglo pasado, en reproducir en las instituciones académicas nacionales y en las oficiales las áreas de la investigación antropológica, no sólo como un modelo de moda sino con una función bien clara: el objetivo era seguir manteniendo el sistema

de dominio colonial al interior de las fronteras de la nueva nación emergente. Por ello, creemos que el estímulo a la investigación desde el interior de las instituciones académicas y gubernamentales se apoyó y solicitó la de los países imperialistas.

Concuerdo con Eric Wolf (1987) al manifestar que este interés no era para explicar y entender la totalidad del fenómeno de los pueblos étnicos de la civilización mesoamericana, ni para encontrar los caminos de la continuidad de la descolonización, sino, por el contrario, para justificar y mantener el modelo. Por ello las investigaciones fueron enfocadas a parcialidades de fenómeno y no al entendimiento de la totalidad de la realidad interna. Así, las élites asumieron el papel de antropólogos para estudiar y difundir el conocimiento sobre la situación diacrónica y sincrónica de dichas sociedades.

Así como las potencias coloniales entendieron la importancia que tenía la información sobre los pueblos dominados, así el gobierno mexicano percibió el significado y trascendencia de ésta, y por ello se apresuró a cooptarla y promoverla. El "uso" de la antropología, en particular de la antropología social, ha estado ligado permanentemente a la ideología del sistema, alimentándola y configurándola de elementos que apoyen a las estructuras de dominio económico, político y cultural.

REVOLUCIÓN E INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA

Hace 70 años fue institucionalizada la antropología mexicana al servicio de los poderes ideológicos y políticos como una antropología aplicada, cuando, en 1917, se creó, durante el periodo de Venustiano Carranza, la Dirección de Antropología dentro de la Secretaría de Agricultura y Fomento, a propuesta y bajo el mando de Manuel Gamio, el primer antropólogo profesional. Éste no asumió la tarea de explicar y estudiar el pasado y el presente de los pueblos étnicos del país, sino que se convirtió en el ideólogo y constructor de una ciencia aplicada con las características antes descritas, y se dedicó a formar los cuadros que reproducirían el esquema.

EL PIONERO

Manuel Gamio nació en la ciudad de México en 1883, su padre era hijo de un inmigrante español de Navarra y los abuelos maternos originarios de la

ciudad de Zamora, Michoacán, una región interétnica con graves conflictos entre la población criolla de esta ciudad y las comunidades tarascas (purépechas) del área. Estos orígenes de parentesco tuvieron gran influencia en la formación del futuro ideológico del indigenismo de la Revolución Mexicana e impacto en la antropología latinoamericana y continental.

Era un hijo muy disciplinado, según afirma Comas, y por instrucciones de su padre, quien deseaba que fuese ingeniero o abogado, Gamio aceptó estudiar la carrera de ingeniero, la cual abandonó poco tiempo después y prefirió ir a trabajar a la finca rural familiar (hacienda) llamada Santo Domingo, localizada en la región de Zongólica, Veracruz; zona mayoritariamente indígena del grupo étnico náhuatl, que a principios de siglo era monolingüe indígena en un 95%. En los dos años que vivió en esta hacienda se dio cuenta de que había otras formas de comunicación lingüística en el país, de las condiciones de explotación que sufrían los peones de la hacienda y de sus paupérrimas condiciones de vida. Seguramente esta experiencia llevó a reflexionar al joven Gamio acerca de los problemas sociales más trascendentes del país, en particular los que afectaban a la población indígena.

Parece ser que intentó organizar dentro de la hacienda un proyecto agrícola, el cual según Comas fracasó, razón por la que regresó a la ciudad de México, sin olvidar su preocupación por los indios, y se enroló en 1906 en los cursos de arqueología y etnología. A nuestro modo de ver estas experiencias lo orientaron a tratar de explicarse a sí mismo y a la sociedad dominante a la que pertenecía: cuál era el origen histórico de estos pueblos, cuál había sido su evolución y en qué condiciones habían caído bajo el dominio colonial o nacional. Hombre dotado de enorme sensibilidad y compromiso hacia los peones indios con los que había vivido, intenta construir un esquema teórico que fundamente a la nación, al mismo tiempo que reivindique ciertos derechos para la población nativa colonizada.

Su obra teórica e ideológica le permitió más tarde diseñar y proyectar un estudio integral diacrónico y sincrónico de la población del valle de Teotihuacán. En dicha obra no sólo desarrolló un análisis histórico, lingüístico y sociológico, sino que proyectó sus conclusiones a recomendaciones de carácter práctico, las cuales se definieron como acciones políticas que determinaron tanto su trayectoria antropológica como política.

De esta manera, Gamio se convirtió en ideólogo y defensor de la Revolución Mexicana; fue así que construyó toda una tesis acerca del pluralismo étnico y la heterogeneidad cultural del pueblo mexicano, así

como la necesidad de tener en cuenta dichas especificidades en el proyecto de nación que debería surgir a partir de la transformación que sufriría el país durante la etapa de la revolución. Consideró que la nación estaba dividida en diversas patrias y naciones, y reclamó para ellas reformas dentro de la constitución nacional así como una participación política de los grupos indígenas en el diseño de las legislaciones locales y nacionales, que les otorgara por lo mismo representación popular en las cámaras de diputados y senadores. Asimismo, expresó el derecho al autogobierno y a la autonomía en el manejo de sus asuntos internos, de acuerdo con las normas tradicionales que rigen sus relaciones internas. Afirmó también que ni el gobierno federal ni los estados podrían obstaculizar dichos procedimientos.

A pesar de su tesis incorporativista, su obra se orientó fundamentalmente a replantear el orden sociopolítico de la sociedad mexicana, construida bajo la hegemonía y el poder de la población, como él llama, "blanca o de origen europeo español", dentro de cuyo grupo él se identificó.

Fue invitado por el presidente Carranza a participar en su gobierno, convirtiéndose poco a poco en un intelectual orgánico del Estado. Creó y ocupó la dirección del primer centro de investigación antropológica, con una orientación eminentemente aplicativa y de donde surgieron sus tesis acerca de una planificación sociológica que permitiera cambios en la estructura social, antes de que continuaran las graves contradicciones generadas por el liberalismo reformista, que intentaba disolver a las comunidades indígenas dentro de la concepción de un capitalismo de corte europeo tradicional.

No participó dentro de los cuadros políticos surgidos a partir de la revolución, los cuales consideraban que era necesario incorporar a los intelectuales, como Gamio, dentro del aparato estatal para captarlos e insertarlos dentro del proceso de corrupción que Obregón y Calles habían manejado, como medio para quebrantar cualquier proceso de crítica o de análisis divergente de las concepciones del nuevo grupo de gobernantes, quienes seguían perteneciendo a la misma casta de dirigentes nacionales del siglo XIX. Por ello, al ocupar el cargo de subsecretario de Educación, con Calles en la presidencia, tuvo fuertes conflictos de carácter étnico y político por el grado de corrupción con que se administraba la Secretaría de Educación Pública. Es conveniente recordar que el secretario de ésta era José M. Puig Casauranc, quien indudablemente representaba a las élites de terratenientes e industriales, y dada la orientación indigenista de Gamio entraron en confrontaciones administrativas. Gamio denunció fraudes dentro de la Secretaría cometidos por el secretario, los cuales fueron ocultados por la Con-

traloría; por esta razón recurrió al presidente de la república, quien en principio atendió a sus quejas. Más tarde, el diario *Excelsior*, al comentar la situación, consideró que la actitud del doctor Gamio entrañaba una grave indisciplina que no debía trascender al conocimiento del público y se le criticó también por "desempeñar el papel que sólo correspondía al contralor general de la nación" (nota de *Excelsior* del 7 de Junio de 1925, citado por Comas 1975). El escándalo culminó con la destitución de Gamio; después de este incidente, sus declaraciones en el mismo periódico fueron importantes porque se proyectaron en el futuro del indigenismo y de la antropología aplicada.

... Sin vanidad ni fingimiento de ningún género considero que el cese que acabo de recibir y cuya expedición provoqué insistoriamente, es para mí un acontecimiento altamente satisfactorio, porque gracias a él creo contribuir hasta donde me alcanza mi modesta esfera, a la rectificación de valores morales en la senda de la administración pública que me tocó cruzar, y a la dignificación de mis compañeros que viven como yo vivía, fatalmente sujetos por la tradición al grillete del servilismo oficial. Con esta declaración pongo punto final al incidente de mi separación de gobierno del general Plutarco Elías Calles (*Excelsior* 8 de junio de 1925).

Estos hechos no los podemos separar de los compromisos adquiridos históricamente por los dos caudillos de Sonora con los indígenas mayos y yaquis, quienes combatieron en sus filas durante la revolución armada. Seguramente Obregón y Calles se negaron a devolver las tierras que las comunidades yaquis reclamaban y, en vez de cumplir sus compromisos con ellos, los dos caudillos y sus familiares se apoderaron de la mayor parte de las tierras y del agua del río Yaqui. Estos políticos no sólo no cumplieron su promesa, sino que a cambio del apoyo indio desplegaron la represión militar hacia este grupo étnico en 1929.

El trabajo académico y administrativo de Gamio se caracterizó por una continua concordancia entre sus teorías antropológicas y su concepción de la nación, sin que tuvieran que ser modificadas de acuerdo con los intereses de quienes mantenían el control. A este respecto, Aguirre Beltrán elogia la alta calidad administrativa de Alfonso Caso y, por el contrario, señala las limitaciones administrativas de Gamio. A mi juicio, Caso actuó siempre no sólo en términos administrativos, adaptándose al sistema, y por ello logró escalar dentro de la política estatal hasta el cargo de secretario de Estado y precandidato a la presidencia de la república, esto sin desmerecer su calidad

de arqueólogo e indigenista. Caso fue en términos generales un intermediario y un negociador entre el Estado y los indígenas.

A partir de estos episodios, Gamio se asila en los Estados Unidos en la Universidad de Chicago y genera uno de los trabajos más importantes sobre la migración mexicana. Durante la crisis económica mundial de 1929, y la suya propia, retorna a México; se incorpora a cargos menores dentro del propio gobierno e intenta continuar influyendo en el análisis y la toma de decisiones hacia la población rural. En la época de los años treinta ocupa cargos administrativos dentro de la secretarías de Agricultura y Gobernación, a pesar de que es el periodo de mayor auge de la antropología en México, cuando son creados el Instituto Nacional de Antropología e Historia con los restos del antiguo Departamento de Antropología, fundado por Gamio, y el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas. No participa en estos proyectos como impulsor directo, aunque las ideas generadas durante su juventud sirvieron de marco para lo que constituiría la política indigenista en México y la antropología en general.

Alfonso Caso y Othón de Mendizábal se convierten en los impulsores de la antropología en el periodo de Cárdenas, y Gamio y Moisés Sáenz pasan a ser los ideólogos del sistema, sin una acción directa. Juntos promovieron la celebración del I Congreso Indigenista Interamericano, que tuvo lugar en Pátzcuaro en 1940 y fue considerado como el clímax del proyecto antropológico continental en su versión indigenista. Sáenz es designado como director del nuevo Instituto Indigenista Interamericano, órgano de los gobiernos americanos con población indígena que, siguiendo con el modelo de antropología aplicada desarrollado en Estados Unidos y puesto en práctica en México, pudiera expandirse hacia Latinoamérica. Sáenz no logra tomar posesión de su cargo, ya que muere en Perú; Gamio es designado para iniciar las actividades de este instituto, al frente del cual estará hasta su muerte, ocurrida en 1960.

Gamio intentó ser el difusor de la antropología aplicada por todo el continente a partir de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, que se consolidó en 1942 simultáneamente con el inicio de las actividades del Instituto Indigenista Interamericano. Desde esta nueva posición, Gamio ejerció gran influencia de carácter académico y político para que su proyecto de antropología aplicada cobrara fuerza continental, como un esquema o proyecto de carácter científico que aparentemente iba a cambiar las condiciones de vida de varias decenas de millones de indígenas de América. Así, el proyecto de Boas se expandió por todos los países, tanto en la investigación

antropológica como en sus informes; a través de cientos de publicaciones conformaron toda una estructura ideológica para los proyectos de desarrollo y modernización, diseñados a partir de estas teorías y operados por organismos internacionales y nacionales de desarrollo.

La Segunda Guerra Mundial fue el marco para tener una información detallada y completa de los pueblos indígenas del continente a partir de su historia, su cultura y sus lenguas, y para que las naciones y la potencia continental mantuviesen el control de estas poblaciones. Por ello Gamio no estaba equivocado al señalar que la antropología era un conocimiento político que debía ser manejado y operado por el Estado.

Durante más de veinte años al frente del indigenismo continental, Gamio consolidó una nueva generación de ideólogos del indigenismo mexicano y latinoamericano, influyendo decisivamente en la formación de Alfonso Villa Rojas, Juan Comas, Julio de la Fuente y Gonzalo Aguirre Beltrán. En el campo de la etnohistoria destaca Miguel León Portilla como cercano colaborador de Gamio para reforzar las tesis de la aculturación a partir de los estudios de *La visión de los vencidos*. Ambos, León Portilla y Aguirre Beltrán, van a sucederlo en la dirección del Indigenista Interamericano.

A pesar de las profundas contradicciones y ambivalencias de las teorías y medidas aplicativas que se dieron en Gamio, su esquema y proyecto de antropología aplicada fue captado por el Estado mexicano para consolidar el sistema nacionalista y para reforzar la estructura económica capitalista. Por ello el Estado, a pesar de las divergencias que sostuvo con Gamio durante su vida, lo recobró como su héroe ideológico y lo proyectó como una de las figuras más prominentes del siglo xx en México. Asimismo, la antropología internacional, haciendo un análisis crítico de sus trabajos científicos, lo considera un precursor de la antropología aplicada moderna, que va a servir a los países del continente americano para construir los proyectos indigenistas dentro de un esquema científico, para incorporar, asimilar e integrar a los cientos de grupos étnicos del continente dentro del esquema nacionalista, como parte de la expansión capitalista en el continente americano, y así mantener a los pueblos étnicos en condiciones neocoloniales.

De esta manera se conformó una antropología al servicio de los sistemas nacionales y por ello se promovió la creación de los Institutos Indigenistas Nacionales, mas no como una ciencia al servicio de los pueblos colonizados y dominados o, dicho en otros términos, como una ciencia comprometida en la transformación estructural del sistema.

EL DESARROLLISMO SOSTENIDO Y LA POLÍTICA INDIGENISTA INSTITUCIONALIZADA.
CUARENTA AÑOS

En 1948 el Instituto Nacional Indigenista fue creado como una agencia autónoma del gobierno, con presupuesto y administración propios. Influídos enormemente por el trabajo de Gamio, Alfonso Caso fue nombrado primer director, seguido a su vez por Aguirre Beltrán, un médico entrenado en la antropología por Melville Herskovits. Posteriormente, la influencia de los antropólogos en esta agencia continuó dando la orientación antropológica a las tareas de los Centros Coordinadores. En 1975, sin embargo, el presidente López Portillo optó por colocar al INI en manos de un político joven (Ignacio Ovalle), quien se encontraba comprometido con el partido dominante (PRI), para poder controlar y manipular a la población indígena, que estaba adquiriendo una fuerza de carácter político y podría orientarse como una organización independiente de dicho partido. El presidente Miguel de la Madrid, en sus discursos de campaña política ante los indígenas, se comprometió y ofreció cambios sustantivos y estructurales; para lograr esto nombró al antropólogo Salomón Nahmad nuevo director del Instituto. Más adelante se retractó de sus compromisos y dio marcha atrás en su proyecto de devolver la administración del Instituto a la dirección de antropólogos, y que los indígenas pudieran ocupar las posiciones claves en el campo y en el diseño de proyectos propios de desarrollo (etnodesarrollo).

Este Instituto, desde sus inicios, tuvo como objetivo la introducción de programas que elevaran las condiciones de vida de las comunidades indígenas; esto se pretendía lograr mediante la construcción de carreteras, escuelas, centros de salud, centros comunitarios y el mejoramiento en las técnicas del cuidado de los animales y de la agricultura. Se abrieron Centros Coordinadores en varias partes del país con el fin de entrenar tanto a los administradores como a los propios indígenas.

Así, se delegó en los antropólogos la función de reforzar la ideología nacionalista de corte occidental (la nueva evangelización) y de servir como medios para normar los programas de desarrollo, para articular y reforzar a los pueblos étnicos en el proyecto capitalista dependiente de las metrópolis neocoloniales. A partir de este esquema, los políticos de Estado y los antropólogos orgánicos han institucionalizado la antropología como parte del Estado, a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia y su agencia formadora de dichos intelectuales, la Escuela Nacional de

Antropología, el Instituto Nacional Indigenista, y las direcciones de Culturas Populares y de Educación Indígena.

El trabajo de campo para las investigaciones antropológicas permitió a los antropólogos reflexionar acerca del trasfondo del proyecto indigenista, injertado en los programas de la revolución desde un enfoque estrictamente discursivo, que permitiera la continuidad del proyecto nacional de fondo. Por esta razón, muchos de los proyectos específicos presentados por los antropólogos entraron en conflictos y contradicciones con los políticos del sistema, lo que motivó que una gran parte de ellos se enfrentara a los grupos de poder regional y nacional generando crisis en las estructuras del Estado.

La esperanza que tienen y han tenido estas élites es que la antropología intente modificar las estructuras microrregionales, sin pensar que el cambio en dichas estructuras en las regiones interétnicas implica también el cambio de la estructura misma de la sociedad mayor. Se plantean modificaciones sociales en los niveles ideológicos sin que éstas afecten los intereses económicos, políticos y sociales de las clases dominantes.

SEGUNDA PARTE

VEINTIDÓS AÑOS AL SERVICIO DE ESTE PROYECTO

El contacto con la realidad nos forjó a los antropólogos e indigenistas de diversas profesiones para tener una actitud alerta, escéptica, dubitativa hacia todas estas trampas ideológicas, maniqueas e idealistas que, como ya ha sido señalado por Marx, frecuentemente encubren los verdaderos intereses económicos, sociales y políticos.

La aspiración original de la antropología aplicada de quebrar el modelo colonial de México no se ha materializado en la realidad concreta y se consolida el esquema de dominación a medida que pasa el siglo. Es de mencionar que en esta línea lucharon hombres como Julio de la Fuente, Alejandro Marroquín, Luis Torres Ordóñez, Francisco Plancarte, Alfonso Fabila y el preclaro otomí Maurilio Muñoz. La antropología aplicada se nutrió de la teoría de Ángel Palerm y de tesis antagonicas como las de Isabel y Ricardo Pozas, de los incisivos planteamientos de Arturo Monzón, de las moderadas posiciones de Alfonso Villa Rojas y de Fernando Cámara, de las fraternales posiciones de Evangelina Arana y de Angélica Castro, y del profundo cariño hacia las lenguas indígenas de Alfredo Barrera Vázquez.

En el bregar por la defensa de los pueblos destacan Gildardo González, Carlos Icháustegui, Margarita Nolasco, Carlos Mejía Pivaral, Mercedes Olivera, Susana Drucker, Juan José Rendón, etcétera. Pero sobre todo cabe destacar el esfuerzo teórico y aplicado de hacer realidad estas aspiraciones de Rodolfo Stavenhagen, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, Leonel Durán y Enrique Valencia. Finalmente, un ejército de jóvenes antropólogos que se han involucrado en esta tarea, y frente a la crisis que vive el país, representa una nueva fuerza que permitirá un nuevo proyecto de nación.

En el contexto histórico de la antropología aplicada queda inserta mi actuación personal dentro del campo del indigenismo, en una relación dialéctica entre la vieja generación de los impulsores de la antropología en México y la nueva generación de críticos y analistas de la realidad social de los grupos étnicos del país.

LOS INICIOS. MI RELACIÓN CON JULIO DE LA FUENTE

En 1961 comencé mis actividades profesionales trabajando para el proyecto de Investigaciones Sociales de Ciudad Sahagún, en la compañía industrial Irolo, bajo la orientación técnica de Ricardo Pozas. Después de uno de los reflujos políticos del sistema, esta compañía se disolvió y pasó a depender del Seguro Social; Fernando Cámara asumió entonces la dirección del programa, al cual no me integré a causa de diferencias ideológicas y metodológicas con respecto a la relación con los habitantes de la ciudad.

A mi regreso al Distrito Federal se abrieron dos oportunidades de trabajo para un joven pasante de antropología: un programa de capacitación obrera del Seguro Social que se estaba iniciando con mucho apoyo del entonces presidente Adolfo López Mateos y una oferta que me había hecho Alfonso Caso, cuando un grupo de estudiantes lo fuimos a ver para pedirle apoyo para asistir al Congreso de Americanistas. Frente a las dos ofertas decidí consultar con Ricardo Pozas, puesto que él ya había tenido una frustrante y amarga experiencia en el Instituto Nacional Indigenista y conocía algo acerca del proyecto del Seguro Social. Sin titubear me sugirió que entrara al INI, ya que allí trabajaban excelentes elementos y sería una importante experiencia para mi carrera profesional.

Acepté el puesto de investigador antropólogo con un limitado ingreso y fui asignado a trabajar en el proyecto de la Montaña de Guerrero. En tanto se organizaba dicho programa, Julio de la Fuente se encargó de orientarme en

el conocimiento de la institución. Siempre fue un hombre serio y profundamente crítico, disentía del esquema y del modelo que seguía Alfonso Caso en el trato con los indígenas, y consideraba su actitud muy elitista y paternalista, lo cual se reflejaba en el esquema teórico y aplicado de la antropología. Desde su perspectiva de abogado y con un enorme prestigio como arqueólogo y político, Caso constituía una gran "vaca sagrada" en el campo intelectual, asociado orgánicamente al campo político.

Un día, Julio de la Fuente me citó en su modesto departamento de la colonia Juárez y me indicó que Caso daría un discurso durante la celebración del Día del Indio; él me daría unas notas y yo escribiría el discurso. Me enfrenté de lleno al tema de los indios y de la política indigenista. Me caló como antropólogo y conocí así mi posición con respecto a este tema. Anteriormente había sido asistente de Roberto Weitlaner en el INAH, quien siempre se había mostrado en contra de la política indigenista oficial; respetaba mucho a Caso personalmente, pero no estaba de acuerdo con el modelo mexicano de integración y asimilación. Había convivido de cerca con varios grupos étnicos y aprendió a amarlos y respetarlos, hablaba el otomí y estaba estudiando el chinanteco; su postura me confrontó de inmediato con las tesis de Caso.

Julio de la Fuente releyó el manuscrito que preparé en una o dos semanas y constituyó el motivo para revisar críticamente el proyecto indigenista, asimismo me previno de los graves problemas por los que atravesaba la institución. También hablamos de los riesgos del indigenismo y de la necesidad de perfilar un esquema teórico, así como su aplicabilidad en el campo. Me relató los graves conflictos que habían tenido lugar en el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital con Lauro Ortega y con el general Corona del Rosal; también los incidentes que él y Gonzalo Aguirre Beltrán habían tenido en la Dirección General de Asuntos Indígenas, cuando el presidente Ávila Camacho había desintegrado el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas para transformarlo en una Dirección de la Secretaría de Educación Pública y los había nombrado para dirigirlo. Más tarde, al regresar de un viaje a un congreso en Europa, al que asistieron los dos, ya habían sido sustituidos por maestros de filiación vasconcelista articulados al sindicato de maestros.

Al leer sus artículos y su libros empecé a profundizar en la complejidad del tema étnico y de las corrientes antropológicas enfrentadas al sistema político. El libro básico en ese momento era el del proceso de aculturación de Gonzalo Aguirre Beltrán, quien había sido rector de la Universidad Veracruzana y entonces era diputado federal del Partido Revolucionario

Institucional. Fue a través de Julio de la Fuente que comencé a informarme de los graves conflictos que había tenido en Chiapas con la población de San Cristóbal y con los caciques aristócratas que mantenían el monopolio del alcohol y sus alianzas con los gobernadores. Asimismo, me confió un documento secreto acerca del alcoholismo que él había realizado y que hasta la fecha se mantiene confidencial en los archivos del INI.

Más adelante me comisionó para realizar un estudio en los Altos de Chiapas en una comunidad tzeltal cercana a Comitán, Zaragoza de la Montaña. Fue cuando percibí los profundos conflictos que existen entre los madereros de Comitán y los indígenas, Domínguez y sus ligas con estos proyectos. Complicaba más la situación el hecho de que los fondos comunales por la explotación de los bosques estaban depositados en el Fondo de Fomento Ejidal y la comunidad quería comprar una finca en tierra caliente; los indígenas me contaron acerca de los procedimientos burocráticos, largos y difíciles, que debían sobrepasar, para lo cual estaban recibiendo ayuda por parte del INI.

En esta oportunidad tuve mi primera experiencia con un director de centro, el antropólogo Raúl Rodríguez, la cual no fue muy feliz debido a la pompa que le rodeaba y el incienso de poder que penetraba el ambiente de La Cabaña en San Cristóbal. Mi impresión fue la de estar en una colonia de África, los indios, la ciudad blanca y los administradores.

Más tarde, durante una visita al mercado de Oxchuc, otro director de centro, el médico Rafael Mijangos, que había venido de Jamiltepec a San Cristóbal, me mostró un panorama totalmente diferente entre la burocracia indigenista y su relación con los indígenas. A mi regreso redacté el informe y comenté con Julio y Luis Torres mi experiencia y la dificultad en comprender todo este sistema, así como las esperanzas que los indígenas tenían en el INI para resolver sus problemas. Ellos complementaron el panorama contándome acerca de las luchas de poder entre los empleados del centro y las demandas de los indígenas.

Nuevamente fui comisionado, esta vez, para realizar un breve estudio de la región de Zitácuaro, Michoacán, donde varias comunidades indígenas de otomíes y mazahuas fueron divididas entre las fronteras de los estados de México y Michoacán. Alfonso Caso me citó en su despacho y me indicó que era muy importante este estudio por "razones políticas", pues el representante de la Secretaría de Gobernación ante el Consejo Directivo del INI, quien era además director general de la Comisión Federal Electoral, era originario de la ciudad de Zitácuaro y estaba interesado en desarrollar programas especiales

en dicha región que beneficiaran a los indígenas. Realizamos el trabajo de campo en compañía de un economista otomí y percibimos el deterioro y la pérdida de identidad de las pocas comunidades donde todavía existía alguna. Se hicieron las recomendaciones y la propuesta para promover acciones en dichas comunidades, nunca más volvimos a saber de tal proyecto, aunque más tarde constatamos que la tendencia partidista de Alfonso Caso para la sucesión presidencial no estaba con Díaz Ordaz, quien era el secretario de Gobernación, sino con el secretario de la Presidencia, Donato Miranda Fonseca. Este último era nativo de Chilapa, Guerrero, ciudad rectora de la zona étnica conocida como la Montaña de Guerrero y donde el doctor Caso tenía gran interés en abrir otro Centro Coordinador para los mixtecos, nahuas y tlapanecos.

En esta región habían iniciado un estudio Alfonso Fábila y César Tejeda, lo continuábamos en 1962 bajo la dirección de Maurilio Muñoz, antropólogo de origen otomí. Este último acababa de dejar la subdirección del Centro Coordinador de la Tarahumara, donde había adquirido un gran prestigio como indigenista gracias a la magnífica labor que había realizado; esto a pesar de los grandes conflictos existentes y debido al compromiso que tenía con las comunidades y con la defensa de sus intereses. Fue una buena experiencia recorrer la región conjuntamente con Maurilio. Pese a su carácter reservado, poco a poco se fue abriendo a comentar sus opiniones con respecto al INI. Durante el transcurso de este trabajo llegué a tomar conciencia de su posición como funcionario y como indígena en relación con las actitudes de los otros empleados y administradores de la institución.

LA ÉPOCA DE ALFONSO CASO

Por estas fechas se estaba construyendo, bajo el mando de Alfonso Caso, el edificio que sería la sede de la institución y cuyo predio había sido comprado al propio Caso. El lujoso edificio absorbía todos los recursos, y los programas y proyectos de los centros se encontraban paralizados. No había para los gastos y se estaba también terminando de construir el Centro de Peto, Yucatán.

La convivencia con las comunidades de la región de Tlapa nos hacía ver las profundas condiciones de miseria de los indígenas y la explotación de su trabajo artesanal. La injusta reventa del maíz y las condiciones de desnutrición y hambre que azotaban a la población, especialmente entre los niños y las mujeres. Maurilio y yo visitamos todas las comunidades de los municipios,

era incansable caminando y trotando por las veredas, platicábamos con las autoridades y los líderes, con los maestros de escuela. Realizamos un muestreo para conocer las condiciones de vida de las unidades domésticas familiares y redactamos el informe esperando que se hicieran realidad los proyectos y nuestros planteamientos. Maurilio acudía a las oficinas centrales y retornaba decepcionado y molesto, nada resolvía. La corte de funcionarios que rodeaba a Caso tenía paralizada a la institución; éstos se dedicaban a comentar las actualidades deportiva y política. El interés por las comunidades indígenas sólo se discutía entre Julio de la Fuente y Luis Torres. Las oficinas prácticamente estaban divididas en un grupo sin poder de decisión y conocedor de los problemas del campo, y una élite burocrática. La modestia de la institución y sus fines contrastaban con la gran pompa del área administrativa. Maurilio tenía que invitar al licenciado Salas Ortega a desayunar en un restaurante elegante para poder conseguir los fondos del trabajo. Al llegar "el maestro Caso" los cortesanos burócratas esperaban en la puerta de la institución y al retirarse de su despacho la corte lo acompañaba hasta su auto. El ritual era cotidiano y los asuntos esperaban. Los indios eran un sector fuera del contexto. Sin embargo, algunas fotografías de ellos decoraban los muros. Llevábamos dos años de trabajo y de presupuesto que nunca veíamos; eran exasperantes la realidad del campo y la de los hombres en quienes recaía la responsabilidad. La "grilla," política nacional, universitaria o interna, era el ambiente que prevalecía. Había que definir con quién y con cuál grupo se adscribían los empleados. Con los utópicos e izquierdistas o con los refinados administradores.

Cuando algún funcionario de los centros llegaba a las oficinas centrales para gestionar o tramitar asuntos, que en ocasiones eran de suma gravedad, dadas las condiciones locales, se enfrentaban a quienes tenían el poder administrativo y constituían una verdadera barrera, a quienes también había que contar y relatar los hechos significativos de la sierra: la violencia en la Tarahumara, en contra de los aserraderos de las comunidades indígenas por parte de las grandes compañías de la ciudad de Parral; la muerte de un líder de los cafecultores mazatecos provocada por los acaparadores; las demandas de los reacomodos de Temazcal y la incapacidad de resolución de la comisión del Papaloapan; las agresiones permanentes del cacique de Jamiltepec en contra de los tata mandones; la permanente escasez de maíz en Tlaxiaco, y las demandas de las comunidades por la publicación de los libros y cartillas para las escuelas. En suma, la comprensión del área técnica frente a la indiferencia y la ignominia de la tesorería.

Retornos frustrantes. Esperanzas en los técnicos para realizar los proyectos. Expectativas de las comunidades. Al fin, un día, el maestro Caso se decide a visitar un Centro Coordinador: que preparen las inauguraciones y el programa de visitas; cómo llegará, qué lugares visitará; un solo día; delegaciones van y vienen. Finalmente, la recepción, las comidas y el reparto de máquinas de coser o molinos de nixtamal; las vistas a los planteles escolares, los niños famélicos y descalzos vitoreando con sus banderitas "al maestro"; las juntas con los líderes indígenas para no tratar nada y los acuerdos secretos con el gobernador del estado.

La impotencia y la frustración de los análisis teóricos y prácticos de la antropología y la realidad colonial. La agencia (INI) de colonias y las regiones colonizadas. Vivirlo y verlo. Sentirlo y reflexionarlo al releer los textos etnográficos. La rebeldía y la inconformidad brotaban. Los discursos en el Instituto Lingüístico de Verano de los indigenistas, los congresos de antropólogos y de indigenistas. Las recomendaciones y las sugerencias frente a la brutal realidad de la vida de los pueblos indígenas. La aristocratizante burguesía que dirigía y tomaba las decisiones. Escuchar la plática cotidiana y el reparto del presupuesto. Los lujosos autos, los choferes uniformados, los comentarios acerca de los viajes de los hijos del maestro en su último safari al África, la construcción de sus mansiones en el Pedregal, las caballerizas de lujo del otro hijo, los doctorados *honoris causa*, los homenajes y el reconocimiento de las élites académicas internacionales. La gran obra en favor de los indios. Los nuevos protectores de los indios. Las ediciones lujosas de los códices. La historia y la arqueología como unidad separada de la realidad. Los preparativos para la inauguración del gran museo, juntas y reuniones de arqueólogos, arquitectos, museógrafos, etnólogos. El gran rescate, la salvación del patrimonio cultural.

De haber sido buenos etnólogos, hubiéramos hecho allá etnografía de la agencia indigenista y conocido mejor el verdadero proyecto; denunciado y acusado a los caciques locales, pero no como parte de la articulación del sistema. En los pasillos ya se comentaba quién sería el nuevo candidato a la presidencia, el maestro Caso comería con Corona del Rosal, presidente del PRI, quien era uno de los caciques de la región del valle del Mezquital y su hijo, vocal ejecutivo del Patrimonio Indígena. Hacíamos estas reflexiones y comentábamos estos hechos con Maurilio Muñoz y otros dos antropólogos con más conciencia que había en el INI (Carlos Icháustegui y Gildardo González); Maurilio nos contaba cómo de niño tomaba una tortilla, una jícara de pulque y se iba a la escuela; nosotros imaginábamos los hechos. Apenas

concluimos el libro de la Montaña de Guerrero, en el mes de febrero de 1963, fui nuevamente comisionado para realizar un estudio integral de la región mixe en el estado de Oaxaca; mientras tanto, la operación del centro en Tlapa esperaba dos años más para iniciar su trabajo en las comunidades.

ESTUDIO DE LA ZONA MIXE

Gonzalo Aguirre Beltrán había regresado al INI como subdirector y, en esa ocasión, tuve la oportunidad de conocerlo y solicitarle su orientación en el estudio al que había sido comisionado. Con recursos limitados para la realización de éste me trasladé a Mitla, Oaxaca, y desde ahí emprendí el recorrido por toda la región mixe. Me acompañaba como guía e informante el compañero Juventino Sánchez, un joven mixe del poblado de Santa María Huitepec, inquieto intelectual y político de la región que emigró a la ciudad de México y se había enrolado en las filas del Partido Popular Socialista; mantenía una estrecha amistad con Alejandro Gascón Mercado, quien lo había recomendado para proporcionarme información. Alejandro era en ese entonces secretario particular de Vicente Lombardo Toledano, ideólogo del socialismo en la época de Cárdenas, fundador de la CTM y ligado por parentesco directo con Alfonso Caso, ya que su esposa, María Lombardo, era hermana de Vicente. Conviene recordar, también, que un grupo numeroso de funcionarios medios con mayor conciencia social fueron incorporados al INI por recomendaciones de Vicente Lombardo. Con Juventino Sánchez y con Jaime Olivera, arriero y comerciante zapoteco de Mitla, recorrimos durante tres meses cada uno de los municipios y gran parte de los poblados mixes.

Durante este tiempo se desarrolló una estrecha convivencia con los miembros de dos etnias diferentes de Oaxaca. Reflexionábamos conjuntamente los problemas de los pueblos mixe y zapoteco, y durante muchas horas emergía en nuestras conversaciones la idea de una minoría nacional. La presencia y arbitrariedades de dos líderes-caciques de la región, Daniel Martínez y Luis Rodríguez, agudizaban el replanteamiento del proyecto mixe y su relación con la sociedad nacional y regional; ellos formulaban un nivel de aglutinación étnica de todos los municipios y comunidades, así como una acción política de autoafirmación y de reconocimiento de un nivel de autonomía frente al gobierno estatal. Las confrontaciones internas y las divisiones por la hegemonía de los centros geopolíticos, Ayutla y Zacatepec, que habían desplazado a Totontepec, no permitían la consolidación del proyecto.

Bajo el esquema teórico de la aculturación, como tesis central de la antropología dominante expuesta por aguirre Beltrán, y por el proyecto de la integración nacional como ideología dominante en la cual habíamos sido formados en la Escuela de Antropología, no podíamos percibir el fenómeno étnico como proyecto propio y autónomo. Precisamente, nuestra función como científicos sociales era trabajar en favor del proyecto estatal y no de los grupos étnicos. El esquema de la aculturación expuesto por Herskovits en 1939 era el modelo perfecto para justificar el proyecto del nacionalismo mexicano. Nuevamente los esquemas externos, procedentes de la escuela culturalista norteamericana, servían de molde y por ello eran sancionados positivamente en el mundo académico internacional.

Las reflexiones sostenidas con las autoridades mixes y la catalogación de sus necesidades y demandas, así como su inclusión en el proyecto de desarrollo regional integral, fueron aceptadas como una expectativa de apertura mayor al exterior. Los aspectos económicos del estudio nos permitieron definir el sistema interno de intercambios económicos y su articulación con el sistema zapoteco de comercio ambulante, éstos como intermediarios del sistema de concentración y acumulación del principal producto de intercambio, el café, que estaba asociado al mercado internacional. Estructuralmente estaban integrados al sistema capitalista mundial y sólo se les concebía como productores primarios en un modelo neocolonial, ya que el sistema creado en el periodo colonial sólo se reforzó y se consolidó.

Las pláticas con mi compañero mixe eran fructíferas y estimulantes: analizamos conjuntamente las características de su sociedad y la articulación a la sociedad capitalista, así como el tema de las clases sociales, el cual, para Juventino, envolvía todo el planteamiento. Esta conversación no cabía dentro de las oficinas centrales del IMI, el proyecto estaba definido muy claramente por Alfonso Caso. A mi regreso y durante el trabajo de gabinete y de redacción, Julio de la Fuente fue mi constante interlocutor y el único con quien podía sostener una discusión académica. Analizamos el rol de los emigrados indígenas y su papel como observadores y analistas de su propia realidad y de su participación en el proyecto. Recuerdo muy bien su planteamiento de que los miembros de grupos étnicos ya educados y aculturados dejaban de ser indígenas, así como el concepto de que la identidad étnica mayoritaria no operaba y sí en cambio la identidad comunitaria, para ello exponía el caso de Yalalag. Las discusiones fueron fecundas, pero no me quedaban muy claras en la exposición de mi informe, en el cual por sugerencias del propio Julio serviría como tesis profesional. Al

concluir la preparación de mi informe lo presenté ante Aguirre Beltrán y fue aceptado de inmediato. Caso estaba enterado de mis actividades como investigador y los reportes le parecían positivos.

En este año el interés se centraba en la terminación del edificio para las oficinas generales, de tal manera que las demandas que traía de la región mixe ni siquiera fueron analizadas o discutidas. No había presupuesto y sólo en el futuro se prevería la apertura de un nuevo Centro Coordinador para esta región.

PETO, YUCATÁN, Y LOS EPISODIOS CONTRA LOS CACIQUES DE ESTA REGIÓN

Terminé mi informe y me titulé en diciembre de 1963; a los pocos días de mi examen me llamó Caso a sus oficinas y me comunicó que me propondría al consejo del instituto para ser el director del Centro Coordinador Maya en Peto, Yucatán. No lo podía creer, nunca en mi vida había estado en Yucatán y no conocía a los mayas sino a través de los textos de Redfield y de Villa Rojas. Nuevamente, Julio de la Fuente me citó en su departamento y conversamos acerca de los mayas. Me dijo que era un grupo muy "amestizado y aculturado" y que lo que necesitaban eran programas económicos de desarrollo.

En los corredores del nuevo y flamante edificio, inaugurado por el alumno del maestro Caso, el presidente López Mateos, se comentaban los graves conflictos que se habían generado entre los empleados del centro de Peto, el director del mismo y las comunidades. Se hablaba de un levantamiento indígena promovido por los comunistas bajo la dirigencia del antropólogo Gildardo González; se afirmaba que el consulado cubano de la ciudad de Mérida estaba involucrado en el incidente y que el ejército había cateado las casas de los empleados del Centro Coordinador. También se comentaba que las autoridades municipales de Peto habían encarcelado al abogado del centro, que había agitación y seguramente Fidel Castro tenía intenciones de transferir la Revolución Cubana a México a través de la península yucateca. Cabe mencionar que Gildardo es nativo de la región purépecha (tarasca), se había enrolado en el Partido Popular Socialista y era uno de los oradores oficiales de Lombardo Toledano; también fue de la Sociedad de Alumnos de la Escuela de Antropología y había capitaneado a los estudiantes en la huelga general del politécnico de 1956.

En ese mismo año los empleados del INI habían promovido la creación del Sindicato Nacional de Trabajadores Indigenistas, con la oposición del director general y manipulado por el secretario tesorero, Antonio Salas Ortega; de

esta manera se formó y quedó bajo el control del licenciado Juan Larios Tolentino, dirigente también del Partido Socialista, quien había sido candidato a senador por dicho partido en el D.F. A Gildardo lo había conocido precisamente durante la formación del sindicato, ya que yo era el representante de los trabajadores del Centro Coordinador de Tlapa, Guerrero, en el cual sólo habíamos tres o cuatro empleados. Fui electo en el Comité de Vigilancia Nacional; en ese entonces había gran efervescencia sindical entre los trabajadores, porque no teníamos base y estábamos siempre bajo la amenaza de ser expulsados de la institución. Complicaba más la situación el hecho de que durante ese año los sueldos se retrasaban con mucha frecuencia, ya que se utilizaban para la construcción de las oficinas y para los gastos mencionados del director, de sus familiares y de su corte de funcionarios.

En la segunda mitad de 1963 ya López Mateos había designado a Gustavo Díaz Ordaz como candidato a la presidencia. Tengo la certeza de que Alfonso Caso fue opositor a esta designación junto a un grupo de intelectuales universitarios al cual pertenecía.

Estos hechos redundarían en la acción de los centros, ya que con López Mateos se habían abierto cinco nuevos centros coordinadores: Peto, Yucatán; Huautla de Jiménez, Oaxaca; Mezquitic, Jalisco; Tlapa, Guerrero, y Cheran, Michoacán. Mientras que en la administración del presidente Díaz Ordaz no se abrió ningún Centro Coordinador más.

Cabe recordar que Alfonso Caso pasó de crear y ocupar la dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia a ser designado rector de la Universidad Nacional de México; más adelante, con el presidente Miguel Alemán, fue secretario de Bienes Nacionales y debido a su inconformidad con el manejo del patrimonio nacional renunció; en compensación, dicho presidente creó el INI y lo nombró director. En 1951 aspiró seriamente a ser designado candidato a la presidencia de la república por el PRI en lugar de Adolfo Ruiz Cortines; durante su posterior administración este último mantuvo una relación fría y distante con Caso y, por el contrario, fue cercana y amistosa con su paisano Gonzalo Aguirre Beltrán. Esta relación le valió a éste la designación a la rectoría de la Universidad Veracruzana y posteriormente a la diputación federal por el PRI, antes de su reincorporación al INI como subdirector general.

La interrelación de Caso y Aguirre en los campos académicos, administrativos y políticos es un hecho significativo en la articulación y en la dependencia de la antropología y el indigenismo al sistema político.

Sus móviles no sólo obedecían a los sujetos de estudio de la antropología y las sociedades indígenas en una dimensión diacrónica y sincrónica, sino a

sus particulares intereses personales y de grupo para ocupar y defender posiciones ligadas a las élites criollas nacionales, en contraposición a las élites locales, para quitar el control regional y centralizarlo en el Poder Ejecutivo como sistema hegemónico.

Esto hechos parecieran desconectados de la teoría antropológica y su aplicación, pero no es así. A mi llegada al Centro Coordinador Maya de Peto, Yucatán, percibí claramente el uso de los recursos del INI al servicio de las élites estatales y nacionales como una acción manipuladora de los indígenas, que recibían servicios asistenciales y educativos a cambio de su docilidad política al sistema.

En ese entonces, Díaz Ordaz realizaba una intensa campaña política para ser presidente del país; localmente, el periodista Carlos Loret de Mola aspiraba a ser senador de la república (más tarde sería gobernador); el médico de origen maya, Francisco Luna Kan, para diputado federal (quien también sería gobernador), y el líder y agitador estudiantil de la Universidad de Yucatán, Víctor Cervera Pacheco, para diputado local, todos ellos del PRI; se acercaron para solicitar y exigir el apoyo material y la movilización de los indígenas para la campaña política.

Nunca antes había estado yo ligado directamente a movilizaciones políticas ni había participado en ningún partido. Mi interés por la antropología había surgido de mis estudios iniciales de trabajo social y siempre pensé realizarme en servir a las clases desposeídas de mi país. Había vivido toda mi infancia en la ciudad de Orizaba, Veracruz, y siendo hijo de un comerciante inmigrante de Siria había experimentado siempre la vivencia bicultural y el bilingüismo. Este hecho, aunado al de no compartir la religión mayoritaria católica sino judía, me hizo percibir afectivamente el entorno indígena nahua de esta ciudad dominada por la sociedad criolla e hispana; mis compañeros de la primaria habían sido en su mayoría indígenas con apellidos tan difíciles de pronunciar como el mío. Estos hechos biográficos me permitieron tener una dimensión de compromiso frente a lo diferente y lo discriminatorio del sistema social. Más tarde, gracias a mi participación en los trabajos de investigación sobre psicología profunda entre las madres obreras del D.F., que dirigía el doctor Eric Fromm, comprendí el fenómeno de fondo y por ello decidí trabajar para y por los grupos minoritarios indígenas.

Durante los tres años de trabajo de campo aplicado en la región de Yucatán me propuse tres aspectos: primero, poner los recursos del Centro Coordinador al servicio de los indígenas directamente, de acuerdo con sus necesidades, por ejemplo, distribuir en las comunidades recursos naturales

como los animales de la posta zootécnica y los árboles del vivero forestal. Segundo, poner al servicio de los ejidatarios los vehículos para la venta de sus productos agropecuarios, fundamentalmente para la defensa de la comercialización de sus productos. Este nuevo enfoque en el trabajo aceleró los ataques de los grupos de poder y los del administrador del centro, quien a su vez era compadre del secretario tesorero y estaba ligado a las redes del poder político de la ciudad de Mérida, y además tenía convenios establecidos con el comercio de dicha ciudad para recibir las comisiones que le otorgaban, ya que todas las compras se realizaban localmente. Para atraerse el afecto y redoblar sus nexos con su compadre, en las oficinas centrales se compraban cajas de whisky de contrabando de Chetumal, con cargo al presupuesto de ayuda a comunidades indígenas. Estos hechos fueron denunciados oportunamente ante el director general y fueron solapados.

Considero importante relatar un grave episodio sucedido en la misma época, para ilustrar hasta qué grado llegaba la corrupción e involucramiento de los empleados del INI en contubernio con los grupos de poder locales y estatales, a costa de los recursos legítimamente destinados a las comunidades indígenas. Diez años atrás, el ingenio de Catmis y la hacienda de Santa Rosa habían sido abandonados por su dueños, los Medina Alonso, quienes sin embargo se oponían a entregarlas a las comunidades que deseaban dedicarlas a la agricultura. Esta familia de terratenientes estaba encomendada con el expresidente Miguel Alemán, de donde obtenían su apoyo, además de ser los dirigentes de la Unión Nacional de Productores de Caña de Azúcar, razón por la cual eran temidos local y regionalmente. Los indígenas de las dos unidades y los trabajadores demandaban la repartición de las tierras de acuerdo con el código agrario, lo cual era denegado permanentemente. Asignamos al abogado del centro la responsabilidad de promover y agilizar los trámites ante la delegación agraria en el estado y ante el Departamento Agrario. En vista de que se empezaba a mover el expediente y de la factibilidad de una resolución favorable, el gobernador del estado, Luis Torres Mesias, me citó para que dejara de apoyar a los indígenas y hacerlos desistir en sus propósitos, a lo cual nos negamos. Por nuestra firme convicción de persistir hasta las últimas consecuencias, el gobierno del estado movilizó a la policía judicial, detuvo a dos de los líderes ancianos (*hmen*) de la comunidad y los consignó ante el Ministerio Público. Para poder obtener su libertad se requería en aquel entonces de una fianza de 25 000 pesos y, dado que en el presupuesto del centro existía una partida para la ayuda a las comunidades indígenas, consultamos ante el consejo técnico y éste aprobó la

decisión de otorgar un préstamo a la comunidad para liberar a sus líderes. Esto a pesar de la negativa del administrador y de la información que proporcionaba a los dueños y a su compadre en las oficinas centrales acerca de nuestras actividades. Sin embargo, el director general apoyaba nuestras decisiones, pero no cambiaba al administrador, quien se encargaba de divulgar el fortalecimiento de supuestas acciones castristas y comunistas por parte del Centro Coordinador.

Al otorgar la fianza, el enojo del secretario tesorero, de los hacendados y del gobierno estatal llegó a sus límites con el consiguiente endurecimiento de las relaciones interinstitucionales. Grandes inversiones se daban a los hacendados para el plan de exportación de verduras a los Estados Unidos y a través del Plan Chac para el desarrollo frutícola de exportación. Finalmente, después de una larga lucha interna y con el gobierno del estado, éste amenazó con detenerme y ponerme fuera de Yucatán. Ante la gravedad del asunto, Caso decidió venir a Mérida y en una comida íntima con el gobernador se negoció la entrega de parte de las tierras a las comunidades y mi salida de Yucatán.

Durante esta época se llevaron a cabo acciones importantes en Yucatán, uno de ellas fue la expansión del proyecto 108 de la OEA para preparar técnicos en desarrollo de la comunidad y en integración social; en esta ocasión el subdirector del INI, Gonzalo Aguirre Beltrán, realizó una visita en compañía de Miguel León Portilla, director del Instituto Indigenista Interamericano. Tuvimos entonces una discusión teórica acerca del concepto de "región de refugio", y de los centros rectores y su *hinterland*. Yo afirmaba que en el caso de los mayas de la península de Yucatán no existían las condiciones para el modelo, que la etnia maya constituía la población mayoritaria y sin embargo era el grupo dominado y sometido; que la burguesía (casta divina) era la que controlaba el poder político, económico y cultural. Por ello, planteaba que este caso se trataba de una "minoría nacional" con derechos políticos y territoriales propios, y que la guerra de castas había sido un hecho irrefutable de su resistencia. Las discusiones fueron amables, pero divergentes y controvertidas; no llegamos a un acuerdo. Más tarde quise discutir y comentar estos aspectos con Julio de la Fuente, pero éste había enfermado gravemente y nunca más pudimos replantear nuestras tesis. A nivel local conocía al maestro Alfredo Barrera Vázquez y con él pude hacer algunas revisiones críticas sobre trabajos que estaba escribiendo; también me relató los graves conflictos dentro de la Secretaría de Educación Pública cuando fungió como director de Alfabetización Indígena, así como su autoexilio en África después de su enfrentamiento con Caso.

Antes de abandonar la región maya, después de haber vivido tres años de continuas confrontaciones internas y externas, y de maduración profesional, estaba más convencido de que los enemigos de los indios estaban dentro y fuera del INI. Entendí que era ineludible actuar conscientemente a pesar de las profundas grietas sociales en las relaciones interétnicas y que había que tomar partido, pero hacerlo por los colonizadores y dominados era un riesgo personal grave, como lo he podido constatar durante los más de 20 años dentro del INI.

GANADEROS Y MADEREROS VS. LOS INDIOS

Durante mi gestión como director de los Centros Coordinadores Corahuichol y el purépecha de Cherán, Michoacán, los hechos se fueron repitiendo. Fui madurando la creencia de que la única forma de luchar era la organización política de los indígenas como grupos de presión, así como la preparación continua de las nuevas generaciones en la clarificación del problema. Mis discusiones con el líder huichol Pedro de Haro y su concepción clara y objetiva, confrontada con la lucha en la que se vio enfrentado durante toda su vida en defensa de su pueblo, y sus relatos durante los años pasados en la cárcel de Tepic, para proponer la organización de los ganaderos huicholes como una fuerza que enfrentara a las organizaciones ganaderas de los tehuaris (mestizos). El enfrentamiento fue directo con el gobernador del estado de Jalisco, Francisco Medina Ascencio, quien asumió la defensa de los ganaderos invasores del territorio huichol; por el contrario, el gobierno de Nayarit apoyó la idea de impulsar la organización de los indígenas y que ellos asumieran su propia defensa frente a las agresiones cotidianas del exterior.

Cuando obtuve la dirección del Centro Coordinador Tarasco constaté nuevamente la fragilidad de los proyectos de desarrollo de la comunidad impulsados por Caso, los cuales se habían realizado en Turícuaro como parte de la exhibición que se ofreció a los delegados al V Congreso Interamericano Indigenista, celebrado en Pátzcuaro, Michoacán. Por ello decidí que cambiáramos el proyecto hacia la organización de los comuneros de Tanaco, para controlar el aserradero que los caciques de Pátzcuaro tenían en explotación; a causa de esta decisión el enfrentamiento fue violento al interior del instituto y a nivel regional, ya que los indígenas purépechas, con sus fondos comunales depositados en el Fondo Nacional de Fomento Ejidal,

asumieron la explotación de sus bosques y la administración de su aserradero que estaba en manos de los caciques. Sus jóvenes iniciaron el manejo comercial, la distribución y venta de la madera en el mercado nacional. Estos sucesos causaron gran efervescencia regional y los contratistas se ampararon en sus conexiones con las autoridades forestales y con los políticos michoacanos, algunos hasta usaban la figura del general Cárdenas para mantener su privilegios.

MÍ ACTUACIÓN COMO FUNCIONARIO DEL INI Y DE LA SEP

A partir de finales de 1970 fui colaborador muy cercano del subsecretario de Educación en el área de Cultura y Educación Extraescolar y director general del INI, Gonzalo Aguirre Beltrán; primero como director general de Educación Extraescolar para el Medio Indígena y más tarde como director adjunto del INI. En el periodo de expansión de la institución y del diseño del nuevo proyecto indigenista formulamos la necesidad de organizar políticamente a los indios como una fuerza interna dentro de la CNC, donde Alfredo Bonfil, hermano de Guillermo, era el secretario general. Los tres estructuramos el plan, muy poco antes del extraño accidente que cobró la vida de Alfredo. Las divergencias originales con Aguirre Beltrán se fueron agudizando a partir de su confrontación con Mercedes Olivera, nombrada directora del Centro Coordinador de San Cristóbal Las Casas, y de la reunión de análisis teórico a que convocó en dicho lugar el propio director general con los antropólogos del INI y los académicos, de donde surgió una conflictiva y profunda discrepancia en cuanto al planteamiento de la teoría y la *praxis*.

El distanciamiento definitivo surgió en septiembre de 1975, por diferencias en la organización del Primer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas en Janitzio, Michoacán. En un principio, el director general del INI asumió el compromiso de la organización de los pueblos indígenas en colaboración con la SRA. Pero finalmente, al conocerse la designación del candidato a gobernador por Veracruz, posición a la que aspiraba Aguirre Beltrán, y al no ser seleccionado, retiró todo el apoyo del INI a la organización de los pueblos indígenas de México, bajo el impulso del gobierno y de la CNC. Ante su negativa de apoyo a la organización y realización del mismo, asumí bajo mi responsabilidad de director adjunto el apoyo para dicho congreso. Continuamos de esta manera trabajando juntos bajo una continua tensión y fricciones personales.

El presidente del PRI, Jesús Reyes Heróles, convocó en Oaxaca a una reunión para analizar el plan básico del gobierno del próximo candidato a la presidencia de la república, en lo referente a los pueblos indígenas. Para ello comisionó a su compañero en la cámara de diputados, paisano, militante priísta y responsable de la política indigenista nacional, Gonzalo Aguirre Beltrán, para abocarse a formular las bases de dicho plan en este campo. Quisimos que se expresara en ese documento la demanda de los principales líderes indígenas de los distintos grupos étnicos, para una mayor participación de éstos en la definición de la política indigenista y en el manejo de sus propios asuntos. La respuesta fue la oposición de Aguirre Beltrán: apareció en el plan básico el mismo esquema planteado por Caso y reconfirmado por su gestión como director general. El presidente Echeverría apoyaba una acción más atractiva y movilizadora de la población, pero la institución indigenista oficial resultó más conservadora y diseñada para continuar y reforzar la misma estructura socioeconómica de las regiones interétnicas. De la misma manera, para no modificar el esquema teórico construido a partir de la fundación del INI.

Esta situación se vino a agravar después de la confrontación con los terratenientes de la zona baja de Tuxtepec, Oaxaca, y de las riberas del río Papaloapan, en relación con el reacomodo de la población chinanteca al construirse la presa Cerro de Oro, no concluida hasta hoy. Fui enviado a platicar y a negociar con Rodrigo Bravo Ahuja, uno de los más rudos caciques regionales y hermano del secretario de Educación. Mi enfrentamiento fue definitivo, ya que yo sostenía las conclusiones a que habían llegado los estudios sociales, de que expropiaran las tierras de la zona baja de la presa y en dicho lugar reubicaran a los chinantecos. Frente a esta tesis estaban las defendidas por los terratenientes, el gobierno del estado y el vocal ejecutivo de la Comisión del Papaloapan, ingeniero Jorge L. Tamayo, nativo de Oaxaca y hombre señalado como de izquierda pero que al final asumió el papel de defensor de las oligarquías locales; se decidió enviar a 40 mil indígenas a la región selvática de Uxpanapa en el estado de Veracruz, zona deshabitada históricamente por sus condiciones de insalubridad. Para más información sobre este episodio léase la denuncia científica publicada por los antropólogos Miguel Bartolomé y Alicia Barabas. En respuesta a esta denuncia, Agustín Romano, quien había sido director de centros coordinadores y alto funcionario del INI, escribió un artículo en contra de ellos, en el cual asumía que dentro de la política indigenista seguida por el gobierno mexicano era preferible el etnocidio de los pueblos indigenistas al genocidio como

alternativa. Este artículo fue publicado en la revista oficial del INI, con la autorización del director general y con mi oposición.

Otro caso que puede ilustrarnos esta época fue lo ocurrido en las zonas huichol, cora y tepehua de la Sierra Madre Occidental, y en los estados de Jalisco, Nayarit y Durango. Estas etnias son conocidas en el mundo académico por la tenaz persistencia de sus raíces culturales; debido a la forma dispersa de sus unidades domésticas, ocupan con ello la enorme extensión de su territorio. Los charros ganaderos que conviven en la frontera de los indígenas presionan agresivamente para apoderarse de su territorio; de esta manera, la expansión colonial es parte de la actitud agresiva protegida por la política de los estados y de la estructura jurídica de dichas entidades. Se les ha dividido en tres estados y a su vez se les ha fragmentado en múltiples municipios. La idea es no permitir su aglutinamiento como unidad política para que no puedan utilizar sus recursos como defensa y autoafirmación. El importante proyecto HUCOT, puesto en marcha hace 15 años en beneficio de estos tres pueblos, es hoy una ruina de obras y acciones que mejoraron las condiciones de las compañías constructoras y de los burócratas de las agencias encargadas del supuesto programa de desarrollo. La población indígena observa cuidadosamente los hechos y se refugia en la superestructura de su vida profundamente religiosa y, a través de lazos del sistema de parentesco, resiste dichos programas que no son más que el reflejo de una política etnocida y paternalista.

POLÍTICA PARA MARGINADOS: COPLAMAR

En 1976, cuando José Lopez Portillo tomó posesión como presidente de la república, había que decidir a quién nombrar en el cargo de director del INI; el recién nombrado secretario de Educación, Porfirio Muñoz Ledo, apoyaba la designación de un antropólogo que representara un cambio en la política indigenista, pero el presidente optó por aglutinar el INI en un proyecto dirigido a los marginados del país, donde situaba a los grupos étnicos, llamado COPLAMAR; de esta manera, a partir del INI se conformaría el nuevo organismo para el cual fue designado como director Ignacio Ovalle, quien había sido secretario particular del presidente Echeverría y secretario de Programación y Presupuesto al final de dicho sexenio. En su discurso de toma de posesión el nuevo presidente pidió perdón a los marginados por su abandono, al mismo tiempo que en los círculos antropológicos circulaba un

artículo publicado en 1944 por el nuevo presidente, el cual considero conveniente comentar, ya que refleja el pensamiento ideológico de muchos de nuestro gobernantes y refuerza el marco teórico de este breve ensayo. El artículo se titula "La incapacidad del indio"; en él desarrolla toda una teoría racionalizada sobre los grupos étnicos nativos de México:

La cultura india fue, pues, coja desde su nacimiento; carecía precisamente de aquello que es lo más delicado de todas las culturas. El intelectual indio no pudo obrar sobre la masa apelando a la razón y tuvo que actuar como sacerdote, como brujo... Los idiomas indios son tan embrollados y complicados como los bultos de los dioses. Son más aglutinantes, polisintéticos y de raíces ásperas, de sintaxis sorprendentes e imprecisas. Fruto natural de conceptos mentales incompletos...

Pero cultura tan avanzada, aunque coja desde sus orígenes, que creció sombría y cruenta por las circunstancias que presidieron su nacimiento, tenía que imprimirse profundamente en sus adeptos... era producto de una solución definitiva, fundada en el pasado defectuoso. La tristeza del indio no es nacida en tres siglos de dominación ibérica (*sic*). Es fruto natural de milenios de hambre, milenios de tan sombría cultura, que siempre presentó a sus adeptos la muerte y el sufrimiento como final fatal, porque la pobreza, la miseria lo acompañaron desde que puso el pie en América. El indio es resignado por atavismo... Es natural que necesite que muchas generaciones mueran en el limbo del asombro, para que las memorias raciales se borren de las mentes; para que los nuevos idiomas se introduzcan como propios en los cerebros; para que en el horizonte sombrío de horror que en el pasado forman su hambre, su propia complicada cultura, y el desplome de la Conquista, los negros cúmulos se aclaren, se disipen. Mucho tiene el indio que olvidar, para poder aprender... Los indianistas irreflexivos que tratan ahora de resucitar el uso de lenguajes ya muertos, o condenados a morir por ser absolutamente inadecuados a la situación presente, sólo logran retardar el momento en que el indio liberado ya de la carga que los recuerdos inconscientes de una situación de dolor representan para él, asuma conscientemente el papel activo en la nueva cultura a que se trata de incorporarlo... ayudemos al indio a olvidar lo viejo, el dolor y la muerte, y a aprender lo nuevo... Nuestra acción tendrá así noble finalidad humana desprovista de egoísmo, que será capaz de saldar la cuenta a nuestro cargo asentada por nuestros antepasados conquistadores y encomenderos (José López Portillo, *Revista Cuadernos Americanos* 1944:159-162).

Estos párrafos reflejan las profundas contradicciones de la sociedad mexicana en relación con sus minorías nacionales. En los últimos años, en el ofrecimiento de un reconocimiento de la pluralidad nacional en los discursos

políticos el lenguaje se ha apoderado de los reclamos, mas sus hechos han recrudecido la situación de los pueblos.

En este periodo pasamos del racismo como tesis central de la sociedad mexicana a la salvación de los marginados; arrasar los idiomas fue la consigna, pues castellanizando se suprimía la diferencia; para ello se otorgó a COPLAMAR un dispendioso presupuesto que acrecentó la burocratización del INI y complicó su operación. Manipulación y corrupción de la naciente organización indígena, como nos indicó el secretario particular de Ovalle, Francisco Salas: "para tener calmados y disciplinados a los indios hay que untarles las manos de billetes y tenerlos como perros falderos". Negociación entre los antropólogos y el Poder Ejecutivo para reorientar las tesis, acrecentar la burocracia y controlar el sindicato.

Fui ratificado como director adjunto e intentamos renovar el proyecto indigenista; se formularon las bases para la acción y fuimos dando la congruencia entre nuestros planteamientos teóricos y su aplicación en la realidad. El problema indígena en el contexto de COPLAMAR fue un medio para neutralizar políticamente las demandas planteadas por los indígenas en sus dos congresos nacionales, y paulatinamente se fue articulando al esquema de control y manipulación.

Las confrontaciones con Ovalle fueron matizadas y el discurso teórico de la participación fue incorporado al discurso oficial. El pluralismo étnico y lingüístico fue planteado y se patrocinó el manejo por parte de los indígenas de ciertos programas culturales. En 1977 fui promovido nuevamente a director general de Educación Indígena de la SEP, para que no obstaculizara el control de los centros coordinadores y aislarme del trato directo con los líderes indígenas del país.

Fui sustituido en el cargo de director adjunto por Francisco Rojas, un abogado y administrador de empresas transnacionales con experiencia laboral en la compañía Philips. De inmediato se dio un viraje a la política indigenista en el campo; nuevamente los administradores tomaban el mando operativo y el director general asumía la relación política, con fines de promoción y de ascenso en la estructura del poder.

A pesar de la buena relación y amistad con Ovalle, las contradicciones afloraron al momento en las dos instituciones; sin embargo, nos dimos a la tarea de fortalecer los cuadros profesionales de la educación bilingüe. Logramos que el esquema de una educación bilingüe y bicultural sustituyera al planteado como una castellanización directa. Afrontamos dentro de la SEP a los viejos esquemas del vasconcelismo y del manipuleo sindical de los

maestros bilingües. Se otorgó un gran apoyo a la formación de etnolingüistas y pedagogos bilingües. Se publicaron libros de texto y manuales en lenguas indígenas, esta vez, sin la petición del Instituto Lingüístico de Verano. Se canceló el convenio con dicha institución y se planteó como principal objetivo dar calidad al programa de educación indígena. En múltiples ocasiones tuvimos graves divergencias con el director adjunto del INI y Ovalle medió para darnos la razón. El carácter aristocrático y de nuevo burgués de Francisco Rojas rompía los esquemas que nos habíamos trazado originalmente. Pero debido a la enorme derrama económica en el programa para las zonas marginadas, así como a la proyección política y al hábil manejo político de Ovalle, no permitió la revisión crítica de esta etapa. Fue durante la celebración del VIII Congreso Indigenista Interamericano en Mérida, Yucatán, donde afloraron las demandas indígenas y se permitieron declaraciones profundamente contrarias a las políticas indigenistas seguidas en el continente, en particular en México.

El programa especial de la presidencia para la Montaña de Guerrero, coordinado y movilizado por COPLAMAR, fue otro programa fallido; con las mismas tesis del plan Huicot y sin la participación de los indígenas, fue hecho para calmar los sentimientos de culpa de quienes se enriquecieron a causa de los más pobres del país.

Enorme financiamiento de 30 000 millones de pesos anuales para obtener apoyos financieros internacionales en favor de los marginados (COPLAMAR) y tratar de ocultar la situación del profundo colonialismo interno. Parte de estos recursos financieros, humanos y materiales finalmente fueron utilizados en la campaña política del nuevo candidato del PRI en 1981-1982.

Discursos y demagogia en la visita a las poblaciones indígenas del país, programa de participación en las instituciones indigenistas y autogestión de los pueblos étnicos. Reconocimiento de la minorías nacionales y de las naciones indígenas. Un reordenamiento geopolítico nacional solicitado a quien esto escribe por el titular de la Secretaría de Gobernación, por conducto del secretario particular, licenciado Hugo Castro Aranda. Las palabras al aire y la verdad reconocida en el discurso como instrumento demagógico y el compromiso frente a los indios no cumplido. Quienes intenten cumplir lo ofrecido, la cárcel.

JESÚS REYES HEROLES... SE COCINA LA INFAMIA

Autoritarismo y majadería por el depositario de la educación nacional, compromiso sólo con las élites de las regiones rurales y con los terratenientes. Conflicto de fondo, nos aseveró el maestro Arcadio Noguera, exsecretario general del antiguo Departamento Agrario y anterior subsecretario de la Secretaría de Educación Pública, asesor permanente del Sindicato Nacional de Maestros y con quien me entrevisté al salir de la cárcel: "sé cuál fue la verdadera causa para que lo encarcelaran, don Jesús siempre estuvo en desacuerdo a que se repartieran los ranchos y haciendas de su propiedad y de sus familiares entre los indígenas huastecos de la región de Chicontepec, Veracruz". Conflicto de fondo en la relaciones interétnicas asimétricas y desiguales, continuidad de un colonialismo y una invasión iniciada hace 500 años. Artificios intelectuales del neoliberalismo para encubrir como siempre la verdad. Rencillas con el Centro del Tercer Mundo por las investigaciones étnicas realizadas allí. Cancelación y expulsión de los integrantes del Instituto Lingüístico de Verano el día del natalicio de Juárez, el 21 de Marzo de 1983; en Juquila, en un compromiso con los indígenas chatinos, ofrecimiento presidencial nunca cumplido. Programa del Banco Mundial para esta etnia por 50 millones de dólares, el cual nunca fue visto por este pueblo. Regresión y represión, signos de un indigenismo de corte neocolonial, moribundo en una sociedad desigual e injusta, sumida en una crisis no sólo económica sino profunda en su identidad y en su legitimidad, desde la perspectiva de los pueblos sometidos a esta oscura noche de 500 años de un continuo colonialismo.

Ejemplo de esta constante lucha es la del pueblo yaqui del estado de Sonora, dueños de una de las regiones más fértiles de México, ya que su territorio está cruzado por uno de los ríos más caudalosos, que lleva el nombre del grupo, allí las aguas convierten al desierto en un vergel y en un oasis. Las codiciadas tierras del valle del Yaqui han sembrado la furia y la codicia en contra de este aguerrido pueblo, que ha enfrentado varias guerras en contra del ejército mexicano y de la población que los rodea. Actualmente son cerca de 20 mil indios en México y 5 mil en los Estados Unidos; el Estado intentó disolverlos y aniquilarlos enfrentándolos en sanguinarias guerras, de las cuales la última fue en 1929. De esta violenta y agresiva relación algunos yaquis encontraron refugio entre los pápagos de Arizona y recibieron protección como refugiados; de esta manera mantienen relaciones entre las dos unidades, en dos países diferentes. La paz fue concertada con el gobierno

federal hasta 1939, mediante un acuerdo presidencial que les reconocería derechos sobre la tierra en toda la margen derecha del río Yaqui y les otorgaba el 50% de las aguas del mismo río y de la presa construida para irrigar cerca de 250 mil hectáreas. Asimismo, se les concedió el derecho al autogobierno. Sin embargo, se mantuvo el dominio sobre las tierras irrigadas en manos de la nueva burguesía terrateniente, otorgándoles el derecho a regar cerca de medio millón de hectáreas; por el contrario, a los yaquis sólo se les ha otorgado riego para veinte mil hectáreas, bajo el control del Banco Rural. Sujetos a la administración del Estado han demostrado constantemente recibir sólo el 45% del agua restante que les pertenece legalmente para irrigar sus tierras, esta petición ha sido denegada hasta la presente fecha. Los ocho pueblos yaquis mantienen su estructura de gobierno bien cerrada a la penetración de la sociedad dominante, no aceptan la injerencia de las autoridades municipales, se resisten a negociar con el gobierno estatal y consideran que su negociación sólo podrá ser válida con el interlocutor federal. Aun así, los acuerdos concertados con el gobierno central han quedado en documentos y en promesas nunca cumplidas. En 1983 se dio un intento de otorgar a dicho grupo el control del manejo del Centro Coordinador; los miembros del grupo étnico formularon un proyecto propio de desarrollo, así como una serie de demandas al gobierno, hecho que generó en la sociedad regional y estatal gran incertidumbre. El presidente de la república acordó en una reunión tenida con ellos, el primero de junio de 1983, acceder a su proyecto y a sus demandas; cuatro meses después de esta reunión, el que ahora escribe estas líneas, y por haber estimulado esta acción, fue víctima de la represión y el encarcelamiento por parte del gobierno. Hasta la fecha, el Estado no ha cumplido con los acuerdos emitidos el 12 de junio de 1939, firmados por el presidente Lázaro Cárdenas, ni con lo prometido al grupo por todos los gobiernos desde hace cincuenta años.

La respuesta yaqui ha sido la resistencia y la espera del devenir histórico. La memoria histórica de este pueblo no se diluye en las acciones paternalistas, resiste en la relación desigual y en la penetración del capital, en el arrendamiento de sus tierras con riego o de sus pastizales, la venta de la pesca de su cooperativa y de sus bosques en condiciones de saqueo y desigualdad económica.

La alianza entre la comunidad yaqui de Arizona, Estados Unidos, y la mexicana se manifiesta en intercambios y apoyos mutuos. Los jóvenes yaquis educados reconstruyen su historia y proyectan la reunificación del grupo en el futuro histórico, a partir de su Constitución Política, dentro de su reservación

y planteando la reunificación del pueblo, en un sueño utópico de la anexión de Sonora a Estados Unidos y la formación de una alianza de todos los pueblos indios de Arizona y Sonora. El reclamo de la totalidad del territorio y sus recursos naturales constituye una demanda constante frente a los incumplimientos de la sociedad nacional. Los elementos de la autonomía política y económica, e incluso de sucesión, entre los yaquis es una señal muy clara de lo que Darcy Ribeiro ha denominado las futuras guerras étnicas en América Latina. La relación interétnica entre mestizos y criollos (yoris) y los yaquis (yoremes) es tensa y agresiva en el contexto regional; la lealtad etnocéntrica de estos últimos expulsa del grupo a quienes se comprometen con la sociedad externa. Por ello la reacción de las élites dominantes es agresiva, racista y se refleja en sus ideólogos y pensadores.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Cuarenta años de utopías encubiertas, celebración para una burocracia que vive de un presupuesto para los indios y que se reparte en su beneficio. Aspiraciones personalistas para colocarse en las posiciones del poder nacional. Sostén del aparato político represor. Manipulación y control de la ideología. Verdaderas redes sociales que soportan el injusto y desigual sistema económico y político.

Represión a quienes intentan el cambio social por la violencia y la desobediencia civil. Represión también para quienes por la vía pacífica intentan los cambios desiguales y asimétricos. Maniqueísmo y tenebra siniestra para construir delitos y consignar. Así como los indígenas han soportado en el silencio, han construido una resistencia que se ha vuelto parte de la identidad y que conoce de la fuerza bruta de la policía, el ejército y la injusticia de los ministerios públicos, los jueces venales, y han padecido la cárcel y la muerte, así también, como parte de la práctica antropológica, la asumimos comprometidos conscientemente a pesar del riesgo personal y familiar, por ello tuvimos una práctica de campo forzada como observador participante y aplicamos las más refinadas técnicas etnográficas, durante tres meses de amenazas y órdenes encubiertas, para modificar nuestro proyecto de transformar de fondo la política étnica de nuestro país. Reuniones en Gobernación, con el Senado de la república, con comités especiales para sugerir continuidad en el viejo proyecto. Crisis que culminó con trampas administrativas y manipulación de parientes del anterior director adjunto

del INI. Auditorías y vigilancia policiaca al nuevo director general del INI. Denuncias infamantes en la prensa, en las columnas políticas y una campaña de desprestigio. Para finalizar en una detención por más de cien policías judiciales federales de la corporación de la INTERPOL, consignación y juicio sumario por ejercicio abusivo de autoridad. Nuevo artículo del código penal. Indignación de los indígenas del país y de los que me recibieron y protegieron en el reclusorio. Formación del Comité Nacional e Internacional de Solidaridad por parte de colegas e intelectuales de todo el mundo. Preso político. Contradicciones entre las autoridades de la Procuraduría General de la República, el Ministerio Público y el juez. Trampa política, afirmaron las autoridades del reclusorio. Trato preferencial. Crisis profunda de la antropología aplicada mexicana. Emergencia de las contradicciones del sistema. Apoyo internacional de los círculos científicos y de las agencias de desarrollo. Apoyo personal y protección de los indígenas. Manifestaciones de repudio y apoyo, así como la toma de las instalaciones del INI. Presión sobre el presidente de la república. Negociaciones secretas y turbias. Finalmente, la sentencia: daño patrimonial a la nación por \$100 000. Luego la libertad y la conclusión de cinco meses y medio de trabajo de campo en el Reclusorio Norte de la ciudad de México. El exilio y el retorno. Continuidad de nuestro compromiso.

Más de treinta mil maestros indios y su preclaros nuevos intelectuales que toman conciencia histórica de este periodo histórico del indigenismo mexicano; ellos sí sabrán aquilatar y medir lo positivo y negativo de esta política. Los más de 10 millones de indios son testigos de lo que no se debe hacer y del cómo hacerlo en su favor. Ellos sabrán medir, como lo han hecho en su largo peregrinar del colonialismo, quiénes fueron y quiénes son sus aliados. La antropología no es una ciencia neutra y aséptica, por el contrario, está profundamente involucrada en los procesos sociales de las sociedades sometidas. Hemos tocado fondo, o cambiamos el modelo de sociedad y respetamos los derechos de los pueblos originales o las guerras interétnicas serán parte del legado hacia el futuro.*

*Este artículo fue redactado a solicitud del licenciado Miguel Limón Rojas, director general del Instituto Nacional Indigenista, para ser incluido en un libro conmemorativo de los 40 años de dicha Institución que se cumplieron en el año de 1988. Lo enviamos en marzo y el 18 del mismo mes fui notificado personalmente por Limón Rojas que no lo podrían incluir en el libro, porque iba en contra de los exfuncionarios y de las actuales autoridades del país, y no convenía a sus propios intereses. Que quede esta nota como constancia de la libertad de expresión

ABSTRACT

In this essay, slightly autobiographical, are revealed the complex interrelations existing between the indigenism block and the national political power network; mainly it is shown the powerful determination of the state institutions to cancel a social program, as well as the role that within this whole system, is played by anthropologists appointed to work for the Indigenous National Institute.